

estadísticas. No en vano los adelantos científicos y las modernas prácticas higiénicas han influido en el descenso de la mortalidad, más acusado en la edad infantil. Pero hay un síntoma alarmante, un grave problema que se cierne sobre varias de estas ciudades y villas manchegas, reflejo de una grave crisis en la vida agrícola nacional, que aquí tiene su expresión con caracteres acentuados. Nos referimos a la emigración, no al extranjero, porque el manchego, con raras excepciones, no sale a otros países, sino a diversas regiones españolas de más pujante economía industrial y agrícola e incluso a pueblos de nuestra misma provincia donde la vida ofrece más halagüeño porvenir. Así, muchos pueblos han detenido su crecimiento y hasta algunos han disminuido su población alarmantemente en estos últimos años. Los ejemplos de Tomelloso y Valdepeñas, de donde han emigrado miles de habitantes, son archiconocidos. Emigran, sobre todo, obreros del campo, trabajadores de la construcción y nada digamos de las muchachas de servicio, atraídas por el señuelo de mayor ganancia en las capitales. Familias enteras abandonan el hogar nativo, debido más que nada a las épocas de paro en las faenas agrarias y a la crisis que afecta a los gremios de albañilería y similares. La inmigración, por el contrario, es casi nula.

El manchego, indudablemente tiene una personalidad, derivada de las circunstancias geográficas descritas y de las históricas que apenas hemos esbozado. Quizás nosotros mismos no estamos preparados para decir cómo somos, aunque no faltaron escritores paisanos que abordaron con acierto y valentía esa papeleta de «conocerse a sí mismos». Así, García Pavón, uno de los más preclaros valores de la joven intelectualidad provincial, proclama en su magnífico ensayo «Hacia un concepto de la personalidad manchega», como características de nuestra personalidad, la timidez, la campecha-

nía y la imaginación, deduciendo consecuencias peyorativas y negativas unas, halagadoras y fecundas otras, con sagacidad y acierto poco comunes.

Hay otros testimonios que tienen sin duda acrecentado valor. Son los de aquellos extraterráneos que no pasaron de largo, sino que se detuvieron morosamente o convivieron durante meses y años con nosotros, que nos conocen, nos quieren y han sabido valorar la reciedumbre de la personalidad manchega. Remitimos al lector, entre muchos de los que podríamos citar, al trabajo de D. José María del Moral, cuya figura no necesita ditirambos ni presentaciones, titulado «Ciudad Real, panorámica cordial y esperanzada de una provincia española», publicado en el primer número de la revista «Piel de España». El Sr. del Moral es un enamorado de nuestra tierra y un cantor en prosa de nuestras virtudes: con suavidad que es muy de agradecer alude veladamente a nuestra indolencia, a nuestro individualismo y a la incultura general, como cualidades negativas, pero antes y después de esto ensalza en su ensayo la laboriosidad del manchego, su seriedad, austeridad y sencillez, lealtad, señorío y hospitalidad, haciendo la más fervorosa y elocuente semblanza que hayamos leído, y arremetiendo contra quienes «sin tomarse la molestia y el esfuerzo de conocerla —se refiere a la provincia—, han venido repitiendo tópicos sobre unas tierras y unas gentes, no diré con la falta de caridad, porque es algo todavía más grave: con la falta de criterio y hombría de quien no conoce una realidad y la enjuicia».

Diremos, para terminar, que los peores enemigos los tenemos los manchegos en nosotros mismos. Cuando alguno destaca y tiene legítimas aspiraciones de ascenso, somos los primeros en derribarle, como en la famosa anécdota de la cucaña. Alguien habló del «meridiano de La Mancha». Pero la hora, sin deprimente pesimismo, a pesar de todos los esfuerzos, viene sonando con retraso.

